



*Tadeusz Borowski*

# Nuestro hogar es Auschwitz

Los relatos contenidos en *Nuestro hogar es Auschwitz* no difieren de otros textos de carácter documental sobre los campos de exterminio. Escritos en la inmediata posguerra desde la culpabilidad del sobreviviente —el narrador es siempre un prisionero privilegiado, que no vive en condiciones de hacinamiento insoportables—, cuentan con sobrecogedora impasibilidad episodios cotidianos de la vida del campo: la llegada de los trenes, la descarga de los judíos, el tráfico a la cámara de gas, la brutalidad normalizada de guardianes y prisioneros, la necesidad de acostumbrarse a la atrocidad como parte del quehacer diario si se ha decidido, contra todo pronóstico, seguir viviendo.

## INTRODUCCIÓN

**E**l destino quiso que Tadeusz Borowski tuviera que nacer varias veces antes de quitarse la vida el 1 de julio de 1951, en su apartamento de Varsovia. Desaparecía con él la gran promesa de la literatura polaca y uno de los más destacados intelectuales del régimen comunista. Hay autores en los que vida y obra son difícilmente separables. El caso de Borowski es singular; en él es la muerte, no la vida, lo que se identifica con su obra. Una muerte con sucesivos renaceres en otros tantos círculos del infierno, para terminar constatando que toda la realidad es jerárquica: un soplo de aire fresco en un tren atestado de gente no tiene precio, un mendrugo de pan en Auschwitz vale más que todo el oro del mundo, y la libertad (en sentido negativo, como no esclavitud) es cien veces más preciosa que la vida.

Tadeusz Borowski había nacido, veintinueve años antes de su última y definitiva muerte, en Zytomierz (Ucrania). Siendo sólo un niño de cuatro años, las autoridades soviéticas encerraron a su padre, un exiliado polaco, en un campo de trabajo de la región de Karelia, cerca del Círculo Polar Ártico, uno de los centros de internamiento más crueles del sistema penitenciario soviético. Lo habían detenido al azar, en una redada indiscriminada. No sería el último campo de concentración que marcaría la vida del joven Borowski: cuatro años más tarde, su madre fue confinada en Siberia, dejándolo solo, junto con su hermano, al cuidado de una tía.

Privado de sus padres a tan corta edad, en un medio hostil y en un período de trágica escasez de alimentos, Borowski sobrevive de milagro. Gracias a un canje de prisioneros entre los gobiernos soviético y polaco, su padre regresa a Polonia y consigue, a través de la Cruz Roja, la repatriación de sus dos hijos en 1932. Aquel traslado significa ser rescatado de la muerte: ese mismo año, una gran hambruna se cobra la vida de entre cinco y siete millones de personas en Ucrania. El niño Tadeusz, de diez años, habría sido una de sus víctimas probablemente.

La familia tiene que esperar dos años más para que todos sus miembros estén otra vez juntos. Cuando la madre de Borowski se reúne con los suyos en Varsovia, Polonia se encuentra sumida en una profunda crisis económica. Su marido, contable de profesión, trabaja de peón en un almacén. Tadeusz estudia en una escuela dirigida por frailes franciscanos para niños sin recursos. Ella tendrá que emplearse como costurera para completar los exiguos recursos familiares.

El 1 de septiembre de 1939, cuando los alemanes invaden Polonia, Borowski está a punto de cumplir diecisiete años. No está, por tanto, en edad militar y se libra de luchar en el frente. Tras la derrota de los ejércitos polacos – que presentan una enérgica resistencia, a pesar de que deben enfrentarse a la Wehrmacht y al Ejército Rojo al mismo tiempo–, Alemania y la Unión Soviética se anexionan dos tercios del país. El territorio restante, en el que se encuentra Varsovia, se convierte en una especie de protectorado, el Gobierno General de Polonia, con capital en Cracovia y bajo la jurisdicción directa de un gobernador alemán.

De acuerdo con sus teorías racistas, los nazis impiden a los polacos el acceso a la enseñanza secundaria y universitaria. Borowski, como muchos jóvenes de su generación, desoye esta prohibición. En 1940 finaliza sus estudios de bachillerato en un instituto clandestino. De nuevo se salva

por muy poco: cuando se dirige al lugar donde debe realizar su examen de reválida, se ve envuelto en una redada policial, de la que consigue escapar en el último momento.

Después de concluir el bachillerato, Borowski comienza a cursar estudios de Filología polaca en la universidad clandestina. Para obtener algunos ingresos, y sobre todo para evitar su deportación a Alemania como mano de obra esclava, consigue un trabajo de vigilante nocturno en un almacén. La conducta del joven Borowski en la Varsovia ocupada no es heroica, al menos en el sentido convencional de la palabra. Su forma de resistencia consiste en escribir y asistir a tertulias literarias y políticas. Él mismo se refiere en diversas ocasiones a lo largo de su obra a su falta de heroísmo. En «Curriculum Vitae», un amargo poema escrito poco después de la guerra, escribe: «Mis amigos miraban a la muerte a la cara, / y muchos murieron, como en una batalla... / Yo escribí poemas. No por fama, / sino porque tenía que hacerlo. Bagatelas de juventud».

En 1942 Borowski publica su primer libro de poemas, *Gdziekolwiek Ziemia* [Donde esté la Tierra]. La muerte está muy presente en sus primeros versos, no como eco romántico, sino como horizonte real; el mundo está al borde de la desaparición y él asiste impasible a su destrucción. El libro, que circula clandestinamente por Polonia, cosecha un notable éxito. En su libro *El pensamiento cautivo*, el premio Nobel Czesław Miłosz expresó así la impresión que le causó la ópera prima del joven poeta: «Borowski no tenía fe en nada. Ni religión, ni creencia alguna. Y tenía el coraje de decirlo en sus poemas. Con mucho trabajo, penosamente, con mala tinta y una ciclostil vieja, editó su primer volumen de poemas. Cuando recibí el libro, que, dicho sea de paso, me manchó la estufa ante un auténtico poeta».

Poco después de la publicación de *Donde esté la Tierra*, los alemanes detienen a su novia, María Rundo, y la

envían primero a la prisión de Pawiak, en Varsovia, y después a Auschwitz. En vez de rehuir el peligro, evitando los lugares que frecuentaba con su novia, Borowski se muda al piso de una amiga común y continúa haciendo la misma vida. Su actitud demuestra una estoica aceptación de su *fatum*, de su destino. La Gestapo no tarda en detenerle.

La detención de Borowski fue acogida, según cuenta Miłosz en la obra citada, con sorpresa y pavor en los círculos literarios de la Varsovia ocupada: sorpresa, porque Borowski, a quienes los alemanes acusan de crímenes políticos, no estaba implicado en tareas subversivas; y pavor, porque nadie creía que el joven escritor de veintiún años pudiera sobrevivir al cautiverio. Sin embargo, Borowski consiguió librarse de la muerte: primero en la terrorífica prisión de Pawiak, donde fue testigo de excepción del levantamiento de los judíos del gueto de Varsovia; después, durante dos años, en Auschwitz, adonde llega tres semanas después de que los nazis decidan utilizar las cámaras de gas únicamente para los judíos; y, por último, en Dachau, adonde fue trasladado en los últimos meses de la guerra.

Durante su cautiverio, se publica en Varsovia su segundo libro de poemas, *Imiona nurtu* [Los nombres de la corriente]; un acontecimiento que el autor menciona en «Nuestro hogar es Auschwitz». Será la última contribución a la poesía polaca que publique en vida. Terminada la guerra, como si confirmara la tesis de Adorno sobre la imposibilidad de la poesía después de Auschwitz, Borowski decide narrar sus años de cautiverio y la huella que esta experiencia ha dejado en él.

El primer libro que publica después de la guerra, *Byliśmy w Oświęcimiu* [Estuvimos en Auschwitz], está dedicado a recordar, en un tono periodístico, la vida en los campos de concentración. Es una obra colectiva, escrita con dos compañeros del campo: Krystin Olszewski y Janusz N. Siedlecki. La vida de Borowski y sus colegas en la Baviera

ocupada por los estadounidenses se describe con minucioso detalle, y buenas dosis de humor negro, en «La ofensiva de enero», uno de los relatos contenidos en esta antología.

Durante este primer año de la posguerra suceden dos acontecimientos fundamentales en la vida de Borowski: encuentra a María, que también ha sobrevivido a Auschwitz, refugiada en Suecia, y publica en Polonia dos relatos recogidos en la presente antología: «Pasen al gas, señoras y señores» y «Un día en Harmęże». La crítica comunista y la de tendencia nacional-conservadora coinciden en el rechazo de las narraciones. Acusan a su autor de cinismo, de falta de patriotismo y de indiferencia moral.

Borowski representa la antítesis del realismo socialista de inspiración soviética. El comportamiento de los prisioneros dista mucho de ser ejemplar, falta la figura del héroe comunista, del ruso bueno y, para colmo, tampoco se elogia la conducta de los presos polacos. Pese a todo, las autoridades culturales comunistas creen que el joven autor de «Nuestro hogar es Auschwitz» posee las condiciones adecuadas para formarse en la nueva fe. El 31 de mayo de 1946, el escritor regresa a su país para colaborar en la construcción de la República Popular de Polonia. En noviembre consigue convencer a María, que se resistía a abandonar Suecia. Se casan un mes más tarde.

A comienzos de 1948, Borowski se ha convertido en militante del Partido Comunista Polaco. Pocos meses después publica dos libros de relatos: *Pożegnanie z Marią* [Adiós a María] y *Kamienny świat* [El mundo de piedra]. La crítica volverá a ser negativa, aunque condescendiente. En el período en que se publican estos textos, el autor ha comenzado una exitosa carrera periodística como propagandista del régimen comunista. Su apoyo a las nuevas autoridades incluye, además, colaboraciones esporádicas con la policía política.

Como premio a sus servicios, las autoridades de la República Popular deciden enviar a Borowski a Berlín. Allí pasará un año entero, destinado a la Oficina de Prensa. A su regreso a Polonia, en 1950, continúa su labor periodística, aunque comienza a sentir un profundo malestar por colaborar con un régimen que se asemeja, cada vez más, al terror nacionalsocialista que conoció en el campo de exterminio. Para complicar la situación, uno de sus mejores amigos, antiguo prisionero de los alemanes, sufre el acoso de la policía política; cada día le cuesta más realizar su trabajo propagandístico. En las últimas semanas de su vida, su gran obsesión es el poeta ruso Vladimir Maiakovski, que resolvió su desengaño con el régimen soviético quitándose la vida.

Al violento desencanto político, se une el fracaso sentimental. Su mujer, María, acaba de dar a luz una niña (las verá a las dos por última vez en el hospital, un día antes de suicidarse). Ha iniciado otra relación amorosa y no sabe cómo afrontar la situación. Llega el momento de la última muerte: Borowski decide convertir la cocina de su apartamento en una improvisada cámara de gas. Cualquiera que fuera el motivo o los motivos que le llevaron a quitarse la vida, su suicidio, como el de Primo Levi o Paul Celan, quedará siempre ligado a la memoria del campo de Auschwitz y a la imposibilidad de vivir con el recuerdo de lo que allí aconteció.

Los ocho primeros relatos de esta antología tratan, precisamente, de la experiencia de Borowski en el campo de exterminio. Las situaciones y los personajes son verídicos; algunos de ellos, como el sargento de la SS Schillinger o María, la novia del narrador, aparecen con sus nombres reales. Sus descripciones son descarnadas; sus juicios sobre los hechos, meticulosos. El universo del campo, perfectamente jerarquizado, es analizado minuciosamente. La posición en la pirámide del poder determina el futuro de los prisioneros, pero no lo condiciona del todo: el destino,



el azar, esa «mala fortuna» de la que irónicamente nos habla al comienzo de «Nuestro hogar es Auschwitz», mueve los hilos y puede hacer que todo cambie en un momento (por ejemplo, como en «El hombre de la caja», se condena a la cámara de gas a un prisionero privilegiado, que no estaba destinado a morir, porque en ese momento es el único judío que hay en el hospital).

Los cuatro relatos que completan esta antología en castellano tratan de la vida de los prisioneros al finalizar la guerra. Son, en realidad, vivas representaciones de los últimos años de la vida de Borowski: el deseo de venganza tras la liberación («Silencio»), el miedo a que vuelva a reproducirse la barbarie en Europa («La ofensiva de enero»), la vuelta a Polonia y la persistencia del recuerdo («Una visita»), y la falta absoluta de esperanza en la posibilidad de que el mundo recupere su inocencia («Un mundo de piedra»).

Los textos seleccionados proceden de tres fuentes diferentes. «Nuestro hogar es Auschwitz», «Un día en Harmęże» y «Pasen al gas, señoras y señores» pertenecen al libro *Adiós a María*. «Los transeúntes» y «La ofensiva de enero» fueron publicados en revistas literarias de la época. Los siete relatos restantes, que tienen en común su brevedad, forman parte de *El mundo de piedra*.

En la presente edición se respeta la decisión de Borowski de mantener en el texto algunas expresiones del argot de Auschwitz. Para facilitar su comprensión, los términos seguidos de asteriscos remiten a las notas, donde se explican brevemente, utilizando las aclaraciones que el propio autor elaboró para la edición polaca de sus obras.

KATARZYNA OLSZEWSKA SONNENBERG  
SERGIO TRIGÁN

## NUESTRO HOGAR ES AUSCHWITZ

### I

... **A** sí que aquí estoy, asistiendo a los cursillos sanitarios. Sólo somos una veintena, escogidos entre los miles de prisioneros de Birkenau, para convertirnos casi en doctores. Nos van a enseñar cómo se llaman los huesos del cuerpo humano y dónde están, el funcionamiento de la circulación de la sangre, qué es un peritoneo, los métodos para acabar con el estafilococo y el estreptococo, cómo realizar una operación de apendicitis en condiciones asépticas y reconocer los síntomas del enfisema.

Es una misión muy importante: vamos a encargarnos de la salud de los compañeros a los que la «mala fortuna» castiga con enfermedades, apatía o falta de deseo de vivir. Y somos, precisamente nosotros, escogidos entre los veinte mil hombres de Birkenau, los encargados de disminuir la mortalidad en el campo y elevar la moral de los prisioneros. Eso fue lo que nos dijo el Lagerarzt, el médico del campo, que también nos preguntó la edad y la profesión.

Cuando yo le respondí: «Estudiante», arqueó las cejas con asombro.

–¿Qué ha estudiado usted?

–Historia de la literatura –respondí humildemente.

Movió la cabeza decepcionado, se metió en su coche y se fue.

Después anduvimos por un camino muy bonito hasta Auschwitz, contemplando el paisaje, hasta el Block<sup>[1]</sup> de invitados del complejo sanitario, donde nos asignaron unas viviendas. Aún no he visto bien el lugar, porque me fui con Staszek (ya sabes, el que me dio el pantalón marrón) a buscar a alguien que te llevara esta carta. Staszek aprovechó para acercarse a la cocina y al almacén a recoger un pan blanco, una barra de margarina y, al menos, una salchicha para la cena (somos cinco).

Como es lógico, todavía no conozco a nadie en el campo. Mi número tiene seis ceros. Los de los números bajos, los veteranos, me miran por encima del hombro. Pero Staszek, que tiene muchos contactos, me prometió encargarse de mi carta; sólo me ha pedido que no sea demasiado larga. «Tiene que ser aburrido escribir a la misma chica todos los días», me ha dicho.

Cuando sepa cuántos huesos tiene el hombre y qué es un peritoneo quizá pueda aconsejarte algo para tus ronchas y aliviar el sufrimiento de tu vecina de cama. Si bien me parece que, aunque sepa cómo se cura la úlcera de duodeno, no podré robar para ti la maldita pomada de Wilkinson para la sarna; resulta imposible encontrarla en todo Birkenau. Aquí rociamos a los enfermos con una infusión de menta recitando al mismo tiempo unos conjuros muy eficaces que, por desgracia, no puedo repetir ahora.

Hablando de bajar la tasa de mortalidad, en mi Block había un prominente<sup>[2]</sup> enfermo; estaba grave, tenía fiebre, cada vez hablaba más a menudo de la muerte. Un día me pidió que me acercara y que le hiciera compañía. Me senté en el borde de su cama.

–¿A que he sido querido en el Lager<sup>[3]</sup>? –me preguntó clavándome sus inquietantes ojos.

–Bueno, quizá te hayan querido los que no te conocen... o no se acuerden de lo que has hecho –respondí con una sincera ingenuidad.

–Mira –dijo señalando las ventanas, en las que se reflejaba el resplandor de un fuego. Había un incendio en el bosque–. Sabes, me gustaría que me colocaran por separado. No con todos. No en el montón, ¿entiendes?

–No tengas miedo –le dije con cordialidad–. Hasta te cubriré con una sábana. No te preocupes, hablaré con los chicos de la funeraria.

Apretó mi mano en silencio. Pero, en fin, todas nuestras conversaciones fueron vanas: se recuperó, y me envió desde el Lager una barra de margarina. Es de aceite de pescado, así que la utilizo para encerar los zapatos. Ha sido mi primera contribución a la disminución de la mortalidad en el campo. Pero bueno, ya basta de estas historias tan propias del campo.

Hace casi un mes que no recibo ninguna carta de mi casa...

## II

Días encantadores: sin recuentos ni obligaciones. En el campo se pasan el día formando en la plaza, mientras que nosotros nos asomamos tímidamente a las ventanas a contemplar el espectáculo; somos de otro mundo. Ellos nos sonrían y nosotros también lo hacemos; la gente nos dice: «Compañeros de Birkenau», compadeciéndose un poco de nuestro destino miserable y con algo de vergüenza porque el suyo es tan bueno. El paisaje que se ve desde la ventana es bastante bucólico, no se ve el crematorio. La gente está tan enamorada de Auschwitz que dice con orgullo: «Nuestro hogar es Auschwitz».

Y es verdad, tienen razones para estar contentos. Me gustaría que pudieras hacerte una idea de lo que es Auschwitz. Suponte que multiplicamos por veintiocho esa

choza inmunda de Pawiak, Serbia<sup>[4]</sup> incluida, y que concentramos el resultado en un espacio muy reducido; lo rodeamos todo con dos alambradas de espino, tres de sus lados además con un muro de hormigón, pavimentamos el suelo y plantamos unos árboles raquíticos. Ahora imagina que metes allí a unas quince mil personas que llevan varios años viviendo en campos de concentración, que han sufrido mucho, que han sobrevivido a las peores épocas y que ahora llevan uniformes a rayas planchados y se pasean pavoneándose por el campo; si lo hicieras, comprenderías por qué a los de Birkenau nos desprecian tanto y nos tienen tanta compasión.

En Birkenau los prisioneros viven en barracones de madera; las calles carecen de aceras y en lugar de baños con agua caliente hay cuatro crematorios.

La enfermería tiene las paredes muy blancas, como las de una casa de campo, y el suelo de hormigón típico de una prisión; está llena de camastros de tres pisos. Desde la enfermería se ve perfectamente la carretera del mundo libre, por la cual pasa de vez en cuando un hombre, un coche, un carro con adrales o un ciclista, seguramente un trabajador que vuelve del trabajo. Más lejos, pero mucho más lejos (no te imaginas cuánto espacio cabe en una ventana tan pequeña; después de la guerra, si sobrevivo, me gustaría vivir en una casa alta con ventanas que den a campo abierto) hay algunas casas y, más allá, un bosque azul oscuro. La tierra es negra y debe de estar húmeda. Como en aquel soneto de Staff<sup>[5]</sup>, el «Paseo primaveral», ¿te acuerdas?

Pero en nuestra enfermería hay cosas mucho más útiles: una estufa de azulejos de mayólica de muchos colores, como las que teníamos en nuestro almacén. Esta estufa dispone de una parrilla muy bien disimulada: pasa inadvertida y, sin embargo, se puede asar en ella hasta un cochinitillo. En los camastros hay mantas de Canadá<sup>[6]</sup>, llenas de pelusas que son como pelos de gato. También hay sá-

banas, blancas y sin arrugas. Hay una mesa, que tapamos a veces con un mantel, y que sólo utilizamos en ocasiones especiales y en el almuerzo.

La otra ventana da a un camino de abedules, el Birkenweg. Es una pena que estemos en invierno y que las ramas de los abedules languidezcan sin hojas, como escobas deshilachadas. En el suelo, en lugar de hierba, hay un barro pegajoso, seguramente el mismo que hay en «el otro mundo» que se abre detrás del camino, sólo que el nuestro lo amasamos cada día con nuestros propios pies.

Por las tardes, después del toque de retreta, paseamos con dignidad por el camino de abedules, saludando serenamente a los conocidos con una inclinación de cabeza. En uno de los cruces hay una señal con un bajorrelieve que representa a dos personas sentadas en un banco que se susurran algo al oído y una tercera persona que escucha su conversación a hurtadillas. Sirve de advertencia: lo que dices puede ser escuchado, comentado, denunciado. Aquí no hay secretos: se sabe si alguien fue musulmán<sup>[7]</sup>, qué negocios cerró y con quién, a quién estranguló o delató.

Imagínate unas cuantas prisiones de Pawiak unidas y rodeadas con una doble alambrada de espino. Y no como en Birkenau, donde sólo hay una alambrada y donde los guardias están como cigüeñas, sobre unas torretas de madera muy altas. Sólo una de cada tres torretas dispone de reflector. Donde yo estoy la vigilancia es más intensa: hay un reflector cada dos puestos de vigilancia, que están sólidamente contruidos de ladrillos.

En fin, cuando volvemos de la sauna<sup>[8]</sup> nos paseamos por Birkenweg vestidos de civil; somos las únicas cinco personas del campo que no llevan uniforme a rayas.

Nos paseamos por Birkenweg afeitados, pulcros y sin preocupaciones. La gente camina en grupos. Muchos se detienen delante del Block nueve, donde, detrás de las rejas y las ventanas cerradas a cal y canto, están las chicas

que sirven de cobayas. Otros se reúnen delante del bloque formativo; y no porque haya allí una sala de conciertos, una biblioteca y un museo, sino simplemente porque en la primera planta está el puff. Ya te contaré en otra ocasión qué es el puff, por ahora prefiero que te quedes con la curiosidad...

No sabes lo extraño que me resulta escribirte, cuando hace tanto tiempo que no veo tu rostro. Tu imagen se ha desvanecido de mi memoria y no consigo recuperarla por mucho que me empeñe. Sin embargo, hay algo extraordinario en el sueño: sueño contigo con tanta claridad y de forma tan plástica. Ya sabes, el sueño no es como una imagen sino como una experiencia en la que se siente el peso de los objetos y el calor de los cuerpos...

Me resulta difícil imaginarte en el camastro del campo, con la cabeza afeitada durante la cuarentena de tifus... Retengo el recuerdo que tengo de ti en la prisión de Pawiak: una chica alegre, esbelta, de sonrisa suave y ojos tristes. Cuando te vi en la avenida de Szucha<sup>[9]</sup> estabas sentada con la cabeza agachada y sólo pude ver tu pelo moreno, que ahora te habrán cortado.

Y eso es lo más fuerte, la parte de mi ser que se quedó allí, en aquel mundo: tu imagen, que me resulta tan difícil de recordar. Y por eso te escribo unas cartas tan largas: son el sustituto de nuestras conversaciones vespertinas en la calle de Skaryszewska. Y por eso estas cartas son tranquilas. Mantengo la serenidad y sé que tú tampoco la has perdido. A pesar de todo. A pesar de agachar la cabeza ante la Gestapo, a pesar del tifus, de la tuberculosis y del pelo rapado.

Y estas personas... Sabes, ellos han tenido una terrible escuela en los comienzos del campo; todavía circulan leyendas de aquel tiempo. Pesaban treinta kilos, les pegaban, les sometían a selecciones para la cámara de gas. ¿Entiendes por qué ahora visten ridículas cazadoras enta-